

## LA COMENSALÍA DE JESÚS, PROPUESTA CRISTIANA PARA EL MUNDO DE HOY.

Por: José Luis Balbín Pérez<sup>1</sup>

Antes y, especialmente, después del Concilio Vaticano II, el redescubrimiento de la vocación de la Iglesia a la santidad (LG 39), permitió la apertura de su visión a toda la humanidad, exponiendo a todos su manera de “concebir su propia presencia y actividad en el mundo de hoy” (GS 2). Misión que está anclada en el seguimiento del Hijo por el cual Dios nos habló, últimamente, por medio de “palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección” (DV 4).

Uno de los signos más frecuentes usado por Jesús para manifestar la llegada del Reino de Dios fue la comensalía abierta<sup>2</sup>, práctica que realizaba al sentarse a la mesa sin distinciones, en igualdad de dignidad y donde todos están invitados a abrirse al encuentro del otro; era y es el signo visible para todos los que le abren la puerta y se sientan a comer con Él (Ap 3, 20).

Por eso, la Iglesia siendo fiel a la Sagrada Escritura y a la Tradición, ha vivido en la Eucaristía la acción memorial y actualizada de la Cena del Señor (SC 47), y la ha constituido “fuente y culmen de toda vida cristiana” (LG 11). Desde sus inicios continuando la práctica de Jesús, ha vivido la experiencia del Crucificado-Resucitado alrededor de una mesa. Sin embargo, esta experiencia sacramental no ha dejado de tener para la actualidad un sin número de dificultades en cuanto a su comprensión misma, sobre todo, en la coherencia entre ella y la cotidianidad, es decir, en el fermento que ésta tiene que ser para el mundo de hoy.

Es por esto que esta ponencia, más que adentrarse en la realidad sacramental eucarística, pretende profundizar en el hecho natural y humano del comer como fundamento y experiencia trascendente del cristiano, donde se vive el don

---

<sup>1</sup> Estudiante de Teología de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Chef de la Escuela Gastronómica de Antioquia. Instructor de la corporación Interactuar y Comfenalco. Correo: josebalbinp@hotmail.com.

<sup>2</sup> Comensalía abierta y mesa abierta serán términos utilizados como semejantes en la presente ponencia.

fundante del amor en la comensalía abierta, pero, sobre todo, se experimenta el hecho más básico y primordial, el ser humano. No pretende ser éste un tratado de la alimentación ni del comer, ni tampoco una erudita exégesis de lo que comer es en la Sagrada Escritura, sino más bien un camino para comprender el comer como la gran posibilidad del cristiano de hablarle al mundo contemporáneo, anunciando en el banquetear la plenitud humana en la esperanza escatológica del Reino. Para ello, apoyándose en la Constitución *Gaudium et Spes*, la Sagrada Escritura y la disertación de varios estudiosos, se ahondará en primer lugar en el hecho antropológico, social y cultural-simbólico, para pasar a la comensalía como propuesta de libertad en El Evangelio, seguida de la mirada de los alimentos como testigos de la historia, lugar para la memoria y la reconciliación, y concluir con la propuesta de la comensalía abierta como expresión testimonial por excelencia de la vida cristiana para el mundo.

### **“El comer dice mucho más”.**

Para adentrarnos en este camino es necesario comprender lo que hay detrás del hecho de comer, su trasfondo, sus significados, es decir, es necesario descubrir los sabores, colores, texturas y olores que componen la actividad de comer y sobre todo de comer juntos.

“La alimentación no puede, de ninguna manera, reducirse a una cuestión de ingredientes transformados o no” (Contreras, 2007, p. 1), porque en sí misma está cargada de historias, narraciones, relaciones y cultura. Los alimentos dicen más de lo que se ve, se huele, se prueba y se toca, los alimentos se sienten, los alimentos traspasan la barrera material, carnal e incluso racional; los alimentos significan. La comida constituye entonces, parafraseando a Contreras (2007), el lugar de excelencia para reflejar las manifestaciones del pensamiento simbólico y en ocasiones una forma de simbolizar la realidad.

De esta manera, Maldonado (1997) distingue tres dimensiones en el comer: la primera, que el comer es y expresa una comunicación con la tierra. La segunda,

que la comida es expresión de dependencia de creaturidad y por último, comer es signo eficaz de comunicación interhumana.

Saborear, oler y tocar los alimentos es degustar la tierra, la “madre”, la dadora de vida, el sustento y lugar donde confluye todo ser viviente, es pasar por la boca la potencia misma de la vida, es llevar al corazón las fuerzas de todo el cosmos; comer nos permite ser tierra, aire, agua y fuego, nos permite entrar en comunión con la fuente engendradora de todo, comer es entrar en la vida. Pero, por otro lado comer le recuerda al ser humano cada día su realidad contingente puesto que “no tiene la vida en sí mismo porque si la tuviese no estaría obligado a tomarla cada día fuera de sí” (Barrios, 2008, p. 351). Este hecho tan simple y tan complejo obliga al hombre a no desconectarse de sus raíces naturales y le recuerda claramente su esencia de ser-con, de trascender. A propósito, el Concilio Vaticano II tratando los profundos interrogantes del hombre expresa que, “Mientras por un lado, como criatura que es, experimenta una múltiple limitación, por otro lado, el sentimiento de su capacidad de desear le muestra que es un ser ilimitado y que está llamado a una vida superior” (GS 10).

A su vez, la comida en esencia contiene una realidad social que mueve a sentarse en la mesa a comer, el hecho de contingencia moviliza a compartir el estado de creaturalidad como dice Manasche (2013), “cabe recordar la etimología de la palabra “compañero”, cuyo origen remonta a la expresión latina *cum panis*, referente al acto de compartir el pan” (p. 3). Ya no solo es el alimento el que habla, sino la comida servida a la mesa que promueve la intercomunicación. El hablar, expresar, narrar en la mesa hace del hecho del comer un lugar propicio para compartir la vida, para celebrarla, para llorarla, para hacerle un chiste o para tomarla en serio. El comer en lo fundamental se hace con otros, no es acto individual y personalista, sino al contrario un acto grupal y comunitario, puesto que “el hombre, por su misma naturaleza, es un ser social y sin la relación con otros no puede ni vivir ni desarrollar sus propias cualidades” (GS 12). Claro está que en la actualidad, como resultado de una cultura desagrupada, muchas personas comen solas, sin compañía, sin compartir, excluidas o auto-excluidas de la realidad de ser

compañeros, realidad que debe ser tomada en cuenta cada vez que se pronuncia y proclama la quinta sentencia del Padrenuestro, “Danos hoy nuestro pan de cada día” (Mt 6, 11), “porque nosotros pedimos nuestro pan, es decir, también el de los demás” (Ratzinger, 2007, p. 187) y con ellos pedimos que aquellos que se nutren en soledad, encuentren espacio para comer en fraternidad. El sentarse a la mesa con otros significa cercanía, escucha, desahogo, alegría, compartir, regalar, donar, pero sobre todo vivir la vida como un acto libre de igualdad.

### **La comensalía como propuesta de libertad.**

El sentarse en la mesa manifiesta básicamente dos dinámicas detrás del hecho, el dar y el recibir, que van unidas la una con la otra y son encarnadas a la par por cada comensal. Aquel que invita a la mesa también es invitado a compartir la vida por quien recibe la invitación, es decir, la mesa se convierte en espacio abierto para vivir la esencia de ser humanos, de compartir la dignidad del hombre que tiene en el mismo Dios su fundamento y perfección (GS 21).

Por otro lado, el comer se puede convertir en signo de exclusión, puesto que las normas, etiquetas, leyes, estatus y jerarquías sirven de cernidor para que solo algunos se sienten en determinadas mesas. La excesiva preocupación por lo externo deshumaniza el servicio de comer, puesto que se contrapone con la realidad de ser humano y la consecuente igualdad y dignidad que esto engendra. “Nunca tuvo el género humano tanta abundancia de riquezas, posibilidades y capacidad económica, y sin embargo, todavía una parte grandísima de la población mundial se ve afligida por el hambre y la miseria, y es incontable el número de analfabetos” (GS 4). En el informe de la FAO<sup>3</sup> sobre el estado de la inseguridad alimentaria para 2015 “Las estimaciones más recientes indican que unos 795 millones de personas de todo el mundo, lo que equivale a algo más de una de cada nueve, estaban subalimentadas”. Por eso, es necesario profundizar en la comensalía como la propuesta de compartir la mesa como iguales, de comer

---

<sup>3</sup> Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura.

en una mesa abierta a todos, de ser conscientes de la realidad del otro, comprender el contexto y ser agentes activos del cambio. Es la oportunidad de reconocer a todos como comensales en la mesa donde el Padre nos levanta del lugar de las algarrobas y nos sienta a comer junto al él, el novillo cebado (Lc 15, 11ss).

A la mesa se lleva lo que se es y lo que se cree, los sentimientos, lo afectivo, lo profundamente interior, lo que me identifica como persona, pero también como parte de un grupo o comunidad. “La forma de comer vincula con el propio grupo y con su historia, sobre todo, vincula íntimamente con la casa, con la familia, y tiene su fuerza enorme de evocación de vivencias íntimas y primigenias” (Aguirre, 1994, p. 27).

“Cristo... pone de manifiesto plenamente al hombre ante el propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22), es por ello que a través de la comida se identificaba con su proyecto de vida y con quienes se sentaba a comer, para Jesús el comer no era solo un hecho carnal sino el gran encuentro de la alteridad, con el otro, con su realidad, con lo que el otro es en verdad, con su humanidad. Por eso es necesario llevar la mirada a las prácticas de Jesús, a la mesa abierta que proponía, es propicio realizar un análisis de lo que para Jesús era el comer, sobre todo a la manera como entendió y practicó el comer con todas sus distinciones, como signo de libertad y lo que eso tiene para decirnos en el hoy.

Si alguien supo entender qué era ser compañero de mesa, qué era ser anfitrión y servidor del banquete, qué era comer juntos en igualdad y qué significado tienen los alimentos, ese fue Jesús de Nazaret. Un hombre de su tiempo, ese hombre de la baja Galilea, la Galilea de los gentiles, la Galilea sobre-presionada por el influjo romano, el lugar de grandes ciudades, Tiberíades y Séforis, con altos números de población, alrededor de 15.000 habitantes para Séforis y por tanto demandantes de alimentos, la zona geográfica exprimida socialmente para cumplir con las exigentes cantidades de alimentos (Cardona, 2004). Desigualdad, expropiación, las tierras de los pobres en manos de unos pocos, sobre explotación, escasez de alimentos, cantidad de impuestos, campesinos trabajando para lograr un bocado

de comida, libres volviéndose esclavos por no pagar, es la realidad vivida en la Galilea de principios del siglo I, la tierra donde creció y vivió Jesús, el lugar de donde saca sus enseñanzas y palabras, el contexto donde comprende que es comer y que implicaciones tiene para quienes predica.

El judío sabe sentarse a comer y Jesús lo era, por eso tenía clara la práctica alimentaria de su época que consideraba que “toda comida, incluida la diaria y profana poseía un carácter sacral. Por eso iba unida indefectiblemente a una oración de alabanza y acción de gracias al Señor” (Maldonado, 1997, p. 68). Esta mirada del comer estaba relacionada claramente con la realidad de la promesa de la tierra de parte de YHWH. Los alimentos son para el judío sin duda alguna bendición de Dios, porque provienen de la promesa de la tierra como lugar de sustento y como evidencia de ser el pueblo elegido. Sin embargo, ante la situación precaria vivida en Galilea donde habían “más granjeros en pequeñas parcelas de tierra que parcelas para sostener a los granjeros” (Cardona, 2004, p. 173) esta promesa era reducida y solo sustentada por la esperanza de la acción divina, el Mesías.

El alimentarse está inmerso en la cultura, en el contexto social, político y económico, está directamente relacionado y refleja claramente su filiación, por eso compartir la mesa se convierte para Jesús en uno de sus rasgos característicos y primordiales, donde “enseñó quién es Dios y cómo es Dios” (Castillo, 2009, p. 219). Hablando de la promoción del progreso cultural el Concilio expresa que “Solo la persona humana, y exclusivamente por la cultura, es decir, por el cultivo de los valores y los bienes naturales, puede alcanzar su verdadera y plena humanidad” (GS 53) y Jesús, plenitud de la humanidad, responde a su contexto en Galilea con una práctica cotidiana pero cargada de trascendencia, el comer. Usando imágenes sobre los alimentos pero sobre todo promoviendo la comensalía abierta, Jesús enseña e instauro el mensaje del Reino. Tan impactante fue la práctica histórica de Jesús que junto a la problemática de la salud y las curaciones, el tema más recurrente que las primeras comunidades cristianas conservaron en los evangelios fue el de la alimentación y las comidas. Teniendo

137 referencias en los cuatro evangelios, 28 en Mateo, 22 en Marcos, 56 en Lucas y 31 en Juan, muestra la relevancia e importancia del comer en el anuncio de Jesús y sobre todo en la práctica viva de su legado; particularmente los evangelios hacen más énfasis en el hecho de la comida que en el de otras realidades como el culto, la liturgia, los rituales religiosos e incluso la oración (Castillo, 2009). Jesús entendía en el comer la manera de compartir con los otros su experiencia filial y afectiva con el Abbá (Mt 6, 11) y comprendía en el partir el pan la manera de entrar en la vida (Mc 14, 25), de darle sentido a la existencia en momentos de desigualdad y exclusión. Hablando del reto de la praxis de Jesús habla Cardona (2003):

Todos son iguales, todos son hermanos, la cena no podrá estar marcada por la clase social, por el género, la cultura, la raza, la religión, ni la situación pendiente ante el judaísmo... En las comidas abiertas se niega rotundamente por parte de Jesús y de los suyos la diferencia y segregación excluyente propias de muchas personas dentro de las sociedades vigentes, tales como: varones y mujeres, pobres y ricos, gentiles y judíos, sagrado y profano, puro e impuro, pueblo elegido y pueblos paganos. (p. 399.)

En las comidas de Jesús se vive la libertad de ser iguales, de ser tocados por la Palabra, de vivir el amor, de recibir la paz, de ser discípulos. La mesa es el lugar privilegiado para entablar la relación maestro – discípulo, “la comensalidad del Maestro se convierte en ocasión de enseñanza: es el mejor espacio pedagógico para instruir a los discípulos y a quienes están en la mesa o al margen de ella” (Barrios, 2008, p. 372.) La mesa como lugar de encuentro donde confluyen todas las experiencias vividas, las preguntas y los interrogantes existenciales genera el ambiente propicio para la enseñanza y la vivencia del Reino. El espacio donde se revelan sentimientos, emociones, pensamientos, es el sitio perfecto para enseñar la relación afectiva con Dios, una relación filial que huele y sabe a libertad (Rom 8, 15).

## **La mesa como testigo de la historia.**

Si hay un lugar que sabe a memoria, esa es la mesa, si hay un elemento cotidiano que este cargado de historia, esa es la comida. La experiencia sensitiva de comer le permite a quien degusta, no solamente descubrir sabores, sino ver su historia, recordar su pasado y sus ancestros, ir a momentos especiales. Dicen Arboleda & Castrillón (2013), “Recordar es recordar el evento, la experiencia vivida para reactualizarla en el presente, revivir actualizando la experiencia del otro, para hacerla parte del presente y mirar el futuro” (p. 464). Los alimentos tienen la gran virtud de traer recuerdos e imágenes. Los olores, aromas, texturas y sabores evocan la memoria y permiten realizar un puente entre el hoy y el ayer, un puente en el tiempo, tan cargado de sensaciones y sentimientos

La comensalía, la mesa abierta, donde todos sin distinción pueden saciarse pero, sobre todo, pueden recobrar el vínculo profundo con su origen, evoca la primera mesa que todo ser humano tiene en su vida, el vientre materno, lugar misterioso, vínculo de amor. El comer por tanto hace “volver al mundo de la vida donde es posible contemplar al sujeto en su propia experiencia” (Arboleda & Castrillón, 2013, p. 462). La mesa compartida y sobre todo abierta a todos, hace memoria al vínculo umbilical, a los meses gestantes donde el niño es diferente a la madre pero se siente como uno y viven como uno, ese lugar de confort y seguridad donde se vive el calor del amor y el cuidado; el tiempo donde se toma la misma vida como propia y se crece biológicamente para con el primer llanto después de nacer, gritarle al mundo ¡he nacido! Seguramente fue en una mesa donde Jesús le propone a Nicodemo la única manera de ver el Reino de Dios, naciendo de nuevo (Jn 3, 3). La comensalía propuesta por el Maestro se convierte entonces en el cordón umbilical para tomar la vida, para nacer de nuevo, para recordar de dónde venimos y para donde vamos, puesto que si Dios es el creador de toda vida, de Él proviene la vida que la madre engendra y hacia Él camina desde que es engendrada.

De igual manera, la madre continúa siendo la mesa para el niño en sus primeros meses de vida. Después de haber nacido y tener el impacto natural de salir del



útero, el primer impulso que tiene el niño en cuanto a una necesidad es la de comer, es ir a los pechos maternos para saciarse. La mesa compartida es el útero donde se adquiere la vida, donde Jesús enseña a vivir por excelencia y es también signo de los pechos abundantes que sacian a todo el que se sienta a comer y le invita a festejar y alegrarse porque en el banquete encuentran consuelo y protección, como lo decía el profeta ¡Congratulaos con Jerusalén, regocijaos por ella todos los que la amáis; llenaos de alegría por ella todos los que por ella hacíais duelo! Para que maméis y os sacíeis del consuelo de sus pechos, para que chupéis y os deleitéis de su ubre bien cargada. (Is 66 10 – 11).

Los alimentos saben a niñez, juventud, adultez y vejez, los alimentos son tristeza y alegría, festejo y regocijo, la mesa propicia la memoria, la mesa es testigo de la historia porque en ella se evocan los recuerdos, se vive el presente y se espera el futuro, en ella los actores de la historia son a la vez testigos. El ser testigos en la mesa permite tener memoria histórica de los acontecimientos, de las personas, de los lugares, de las narraciones, de las víctimas y de los victimarios. El comer para Jesús es un acto que promueve el perdón y sanación de la memoria, en la perícopa de la mujer pecadora de Lucas 7, Jesús le hace una petición a Simón el fariseo de sanar su memoria y acceder a la acción de perdonar en su propia mesa, cuando la mujer pecadora se acerca al maestro a ungrle los pies (Lc 7, 36 – 50). El texto deja entrever que si el fariseo hubiese continuado la cena, sin juzgar a la mujer, se habrían perdonado sus pecados. La mesa entonces es lugar propicio y especial para el perdón y la reconciliación.

### **La comensalía abierta como expresión testimonial por excelencia de la vida cristiana para el mundo.**

“La historia está abierta, no clausurada, y por eso es posible ser revivida, reactualizada, juzgada, aplicada, porque en cada momento puede llegar el Mesías, es decir, llegar la salvación” (Arboleda & Castrillón, 2013, p. 464). Mesa abierta e historia abierta están unidas profundamente, la comensalía se convierte,

en la actividad privilegiada para Jesús, en la invitación para todo cristiano y en el signo de salvación “con nosotros que estamos hoy aquí, todos vivos” (Dt 5, 3). Compartir la mesa, entonces, es ser conscientes del momento histórico que se está viviendo y que se abre profundamente a la experiencia humana para en ella encontrar la divinidad.

Todo esto es válido no solo para los que creen en Cristo, sino para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de un modo invisible; puesto que Cristo murió por todos (Cf Rom 8, 32) y la vocación del hombre es una misma, es decir, la vocación divina (GS 22).

El Banquete del Reino es el estado donde el Padre hace memoria de quienes desde que estuvieron el vientre de su madre ya conocía (Jr 1, 1ss). Si la muerte es el olvido y el banquete la acción de memoria, entonces la comensalía abierta es la propuesta escatológica por excelencia en el que somos y seremos recordados, más aún, somos reconocidos como comensales activos y testigos de la salvación de Dios en la propia vida y en la de todos los que se sientan en la mesa. “En el cristiano la memoria no es recuerdo del hecho sino realización de la salvación en el hoy del hombre” (Arboleda & Castrillón, 2013, p. 465), por eso ante la escandalosa situación actual en que vivimos los miembros de una misma familia humana con marcadas diferencias económicas y sociales que se anteponen a la justicia, equidad y dignidad de la persona (GS 29), la Iglesia, la comunidad de creyentes, debe ser la luz proyectada a todo el mundo (GS 40), ofreciéndose como la mesa abierta, donde todos y cada uno pueden sentirse prójimo y experimentar su humanidad. (GS 27)

“Las comidas fueron una forma concreta y eficaz de romper las barreras, de recuperar la fraternidad, de eliminar la pobreza de las familias y de acoger a los numerosos marginados” (Cardona, 2004, p. 184) Hoy la comensalía debe ser un signo visible del Reinado de Dios que reorienta y ordena el sentido de las cosas y que restablece lo humano como el camino perfectamente revelado para llegar al Reino. “Así, pues, el orden social, y sus progresos deben siempre derivar hacia el

bien de las personas, ya que la ordenación de las cosas está sometida al orden de las personas y no al revés” (GS 26).

“La penosa ruptura entre la fe que profesan y la vida ordinaria de muchos debe ser contada como uno de los más graves errores de nuestro tiempo” (GS 43). En ese sentido, el comer en el aquí y en el ahora a la manera de Jesús, es decir, resaltando la vida sobre todo los demás ordenes como fundamental principio, viviendo la comensalía como excelsa manifestación de la perfección de la humanidad, comiendo abiertamente, descubriendo en todos su carácter y libertad de creatura, baqueteando con todos como iguales; es la antesala al Banquete del Reino, al estado celebrativo y placentero de estar cara a cara con Dios.

El hacer memorial, no solamente es recordar y tratar de revivir un acontecimiento pasado, es, ante todo, ser contemporáneos del hecho vivido. Por eso, después de comprender la realidad detrás del comer se puede decir que celebrar la Eucaristía es ser contemporáneos a la mesa con Jesús, un banquete que es un “acto de comensalía por encima de las traiciones y los abandonos, de las negaciones, las cobardías y las conductas cobardes” (Castillo, 2009, p. 233), es el acto de amor puro, es la Mesa del Reino de los Cielos en el aquí y en el ahora, es la promesa escatológica, es la gran experiencia del Verbo kenotizado y partido, es la posibilidad de ser, es el llamado a todo el que cree, a vivirlo, trascendiendo lo ritual y entendiendo que “la fe se lo ilumina todo con una nueva luz y le manifiesta el divino propósito sobre la vocación del hombre: por eso dirige su inteligencia hacia soluciones plenamente humanas” (GS 11). El celebrar cada semana como comunidad el Banquete del Señor, tiene que convertir los creyentes en los testigos actuales y contemporáneos de la comensalía de Jesús, en los promotores de mesas abiertas que establezcan un “orden político, social y económico que esté cada vez más al servicio del hombre y le ayude como individuo y como grupo a afirmar la dignidad que les es propia” (GS 9). Es el espacio para volver a los orígenes y reencontrarse con el estado que hace a todos los seres humanos iguales entre sí. Es la acción de encontrarse con todos sin distinciones, ni exclusiones, es la posibilidad de unidad y encuentro, es la invitación al perdón y la

reconciliación, es el lugar de la memoria histórica. Los alimentos y el Banquete son entonces signo de esperanza para el mundo porque en la mesa abierta el olvido y la indiferencia no tienen espacio porque la memoria de Dios está presente.

## Referencias

- Aguirre, R. (1994). *La mesa compartida: Estudios del NT desde las ciencias sociales*. Santander: Sal Terrae.
- Arboleda, C., & Castrillón, L. (2013). Testigo, Memoria y Esperanza. *Cuestiones Teológicas*, 457 - 478.
- Barrios, H. (2008). Comida, mesa y banquete: de la primera a la Segunda Alianza. *Theologica Xaveriana*, 58(166), 347 - 380.
- Cardona, H. (2003). Jesús de Nazaret ¿comilón y borracho? *Cuestiones Teológicas*, 30(74), 383 - 436.
- Cardona, H. (2004). *Los cristianos del 20 al 50 e.c.* Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Castillo, J. M. (2009). *La humanización de Dios: ensayo de cristología*. Madrid: Trotta.
- Concilio Vaticano II. (2006). *Constitución Dogmática Gaudim Et Epes*. Bogotá: San Pablo
- Contreras, J. (1992). Alimentación y cultura: reflexiones desde la antropología. *Revista chilena de antropología*(11), 95 - 11.
- Contreras, J. (Junio de 2007). *Fundacion, Medicina y Humanidades Médicas*. Recuperado el 25 de Abril de 2015, de <http://www.fundacionmhm.org/tema0716/articulo.pdf>
- Maldonado, L. (1997). *Eucaristía en devenir*. Sandander: Sal terrae.

Menasche, R. (2013). Cuando la comida se convierte en patrimonio. *Patrimonio inmaterial, museos y sociedad. Balances y perspectivas de futuro*, 180 - 187.

Ratzinger, J. (2007). *Jesús de Nazaret, primera parte*. Bogotá: Planeta. (FAO, 2015)